

EL hotel de un millón
de estrellas





Desde mi almohada de asfalto y este colchón de cemento, soy capaz de ver las vidas que vienen y van en esta ciudad a la que muchos llaman "hogar". Con el barniz plateado de la noche, siempre reflexiono acerca de esa palabra, sobre su significado y su poder, incluso cuando no tienes tal cosa, incluso cuando sólo es para ti un sueño. Somos varias personas en esta calle y, a veces, bromeamos sobre conversaciones que cazamos al vuelo, mientras quemamos minutos de desamparo, de deseos de cartón.

Quando, por primera vez, sentí que no existía cobijo cercano, me pregunté qué iban a pensar de mí, cómo iban a reaccionar los peatones que se tropezaran con mi casa a cuestas. Pero pronto me di cuenta de que, como farolas, edificios y marquesinas, me habían convertido en un elemento más de esta selva de hormigón. Y, en ocasiones, tal y como pasa con todo ese mobiliario urbano, lo que siempre está no siempre se ve. Sin embargo, aquella mañana, hubo una excepción.



Acababa de despertarme en el que en los últimos meses se había convertido en mi hogar, un banco de un parque del centro de la ciudad. Esa mañana hacía frío, como las mañanas de todos los meses de diciembre que recuerdo, pero sabía que este invierno me iba a calar hasta los huesos. Los niños y las niñas jugaban. Escuchaba cómo se divertían entre risas y sentía que mi presencia no era más que la de un humano invisible. Pero, de repente, mientras intentaba esquivar toda posible mirada, una voz dulce y cálida me preguntó: ¿juegas?

Me observaba de una forma limpia. No me juzgaba, no me temía, solo quería compartir conmigo lo que más le gustaba. Ella, pecosa y aún con el brillo en las pestañas, quería que formara parte de su equipo. Yo, que ya había olvidado lo que era formar parte de algo. Que no recordaba cuál era la sensación de que confiaran en ti, de confiar en alguien, de confiar en mí. Que ni siquiera era capaz de saber en qué momento se había llenado todo de estas sombras frías. Esa pequeña, sin saberlo, me estaba regalando el mayor tesoro: su calor.





Tras unos minutos jugando al pilla-pilla, tuve que detenerme a coger aliento. La niña de pecas se volvió a acercar a mí y me preguntó mi nombre. Hice un esfuerzo por recordarlo. Hacía tiempo que había dejado de tenerlo. Un nombre. Después empezó a jugar con el vaho que salía de su boca y suspiró:

-Odio el frío. A mí me gusta la piscina. En verano siempre vamos a un hotel con una piscina gigante... Mi papá dice que es un hotel de cinco estrellas.

-No son muchas estrellas -respondí, todavía exhausta-, mi hotel tiene millones de ellas. La niña abrió mucho los ojos.

-¡Qué suerte tienes! Debe tener la piscina más grande del mundo.

Mientras conversábamos, alguien se acercó a la niña de forma apresurada.

-Vamos, Lucía, se hace tarde.

El hombre clavó una mirada de desconfianza en mí. Una de esas miradas que ya me resultaban tristemente familiares.

-Papi, ¿sabes que mi amiga vive en un hotel con millones de estrellas?

-Venga, Lucía. No molestes a la señora.

-No me molesta -le dije-, es una niña muy alegre.

5 Él se giró hacia mí y, por primera vez, me vio. No como un elemento desenfocado, no como parte del ruido blanco que inunda las ciudades, sino que me miró como se debe mirar a una persona. Y comprendí que ese era el regalo que me había hecho Lucía, el de hacerme visible, el de verme y obligar a otros a reparar en mi existencia. Con su sencillo gesto, le había recordado al mundo que existo.

Su padre titubeó, incómodo primero, sin saber muy bien qué decir. Finalmente sonrió antes de hablar.



-Discúlpeme, había perdido de vista a la niña y... las prisas, ya sabe.

Le miré con comprensión, aunque realmente hace muchos años que no recuerdo lo que es sentir esas prisas. Hace mucho tiempo que nadie me espera al girar la calle con los nervios agarrados a las tripas. Ahora mi vida es un minuto que se suma al siguiente.

-Soy Manuel, el padre de Lucía. Encantado.

-Bueno, Lucía, ha sido un placer conocerte -le dije mientras me giraba.

-Espera, ¡yo quiero ver la casa con millones de estrellas!

La dulce inocencia de sus palabras hizo que mi cuerpo se estremeciera. Manuel sonrió y apoyó su mano sobre mi hombro.

-Lucía, no hemos avisado a tu hermano y seguro que él también quiere verla. Será mejor que

volvamos mañana al anochecer. Vendremos los tres, junto con mamá, a visitar a...

- Teresa, me llamo Teresa.

- Genial, Teresa, ¿mañana a las ocho y media?

- Perfecto, Manuel.

No lo había olvidado, volví a sentir ese cosquilleo que recorría mi pecho hasta las tripas. Se quedó ahí toda la noche. Lucía me había devuelto la ilusión.

Aquella mañana me desperté nerviosa. ¿Vendrían Lucía y su familia a visitarme? No tenían por qué no hacerlo, pero en los últimos meses había aprendido a no hacerme ilusiones.

Mi día transcurrió normal. Aunque... ¿qué era la normalidad para mí? Las horas pasaban lentas, incluso más de lo habitual. Al caer el sol, volví al lugar en el que me despedí de Lucía y su familia la tarde anterior.

The background is a dark, textured night sky filled with numerous yellow stars of various sizes and shapes. In the foreground, five stylized figures are shown from the chest up, looking upwards. From left to right: a person in a brown beanie with a pink pom-pom and a pink scarf; a person in a blue beanie with a pink pom-pom and a blue scarf with white star patterns; a person in a brown beanie with a pink pom-pom and a pink scarf; a person in an orange beanie with a yellow pom-pom and an orange scarf with white star patterns; and a person in a grey plaid hat and a pink and white striped scarf. The overall mood is serene and contemplative.

"Hacía frío, pero era una noche preciosa. Me quedé mirando ese cielo de invierno, tan inmenso y brillante, hasta que oí mi nombre..."

-¡Teresa!

-Hola, Lucía, ¡has venido!

-Mis padres, mi hermano y yo hemos venido a ver tu hotel de un millón de estrellas.

Sentí un vértigo en el estómago.

¿Cómo explicarle a esa pequeña de ojos enormes, tan inocente y dulce, que mi hotel de millones de estrellas era aquel parque en el que ella jugaba al salir de la escuela?

-Mira, ¿ves todas las estrellas que brillan ahí arriba? Todas alumbran cada noche mi hotel. Las estrellas brillan, pero no dan calor ni hacen que seas visible para los demás. Aunque me encanta verlas, sobre todo las estrellas fugaces, porque de esas dicen que si les pides un deseo se puede llegar a cumplir.

-¿Y cuál sería tu deseo?

-Un hogar.

¿Quién querría vivir en un hotel, por millones de estrellas que tenga, si no puedes sentir la calidez y la seguridad de vivir en tu propia casa? Regalaría cada una de las estrellas que alumbran cada noche este lugar por poder encenderlas cada día en una casa. Una casa para sentirme libre, una casa para no tener miedo, una casa para ir al baño sin sentir vergüenza, una casa para disfrutar de los días de lluvia sin mojarme, una casa para ducharme a la hora que quiera, una casa donde encender y apagar las luces cuando quiera y no cuando el sol amanezca, una casa donde andar descalza, una casa donde no pasar frío en invierno o calor en verano.

-Eso, Lucía, es lo que pido cada vez que veo una estrella: tener mi propia casa.



Y colorín colorado, ojalá los derechos de Teresa sean garantizados.



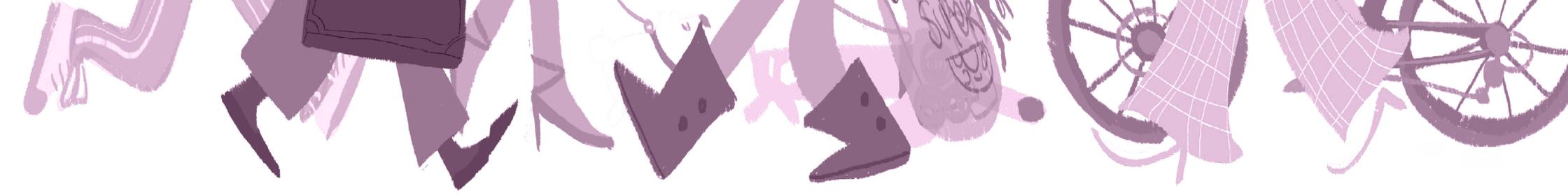
AGRADECIMIENTOS

10

A las autoras y autores originales de este cuento –Saray Alonso, Patricia Benito, Antonio Carreño, Miguel Gane, David B. Gil y María Reig– que en 2019 nos regalaron esta maravillosa historia.

A Emilia Ibañez Lissen, que ha ilustrado con cariño, consciencia y sensibilidad cada una de las páginas de este relato.

A todo el equipo de HOGAR SÍ, que acompaña con su labor diaria a personas en situación de sinhogarismo como Teresa.



Gracias también **a todas las “Lucías”** o personas que, como la niña del cuento, no han perdido la mirada limpia, amable, consciente y respetuosa con los derechos humanos.

A todas las personas en situación de sinhogarismo, para que, un día, juntas podamos decir que hemos acabado con este problema estructural.

Y, en especial, gracias **a ti que nos lees** por contribuir a que personas como Teresa recuperen su dignidad y dejemos de invisibilizarlas.

Esta cuento ha sido posible gracias a la financiación del Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030.

Si te ha gustado, entra en la web de HOGAR SÍ y descubre otras formas de apoyar a personas como Teresa.

Juntos podemos acabar con el sinhogarismo.

www.hogarsi.org

